

## La ciclicidad en la teoría social



FAUSTINO COLLADO

### RESUMEN

Los ciclos abundan, siendo una realidad en el individuo, la sociedad y el universo. Así lo han registrado muchos filósofos e historiadores desde la antigüedad. El uso del concepto ciclo suele inclinarse a lo cuantitativo, al tiempo y su calendario, dejando de lado la novedad cualitativa. La regularidad y linealidad, muchas veces aparente, suele confundir el entendimiento sobre la esencia de los ciclos, llegándose a la superstición y lo mitológico, anidándose falsas teorías como las de la fatalidad, el determinismo y el eterno retorno. Una comprensión cabal de la esencia, desarrollo, repetición y fin de los ciclos, en la naturaleza y en el ser humano, solo es posible dentro de una visión amplia que ofrece la dialéctica, como ciencia del cambio general. La ciclicidad es una de las cualidades del cambio y la dialéctica, como un momento y punto de llegada, pero no es el cambio ni la dialéctica mismos en su totalidad.

Palabras claves: ciclos, cambio, dialéctica, cualitativo, determinismo, entropía, teoría social.

### ABSTRACT

Cycles abound as an inherent reality in the individual, society, and the universe. This has been recognized by numerous philosophers and historians since antiquity. The concept of the cycle is often approached from a quantitative perspective—focused on time and its calendar—while overlooking its qualitative novelty. The apparent regularity and linearity of cycles frequently obscure their true essence, giving rise to superstition and mythology, and fostering false theories such as fatalism, determinism, and the doctrine of eternal return. A comprehensive understanding of the essence, development, recurrence, and conclusion of cycles—in both nature and human existence—is only attainable within the broad framework offered by dialectics, conceived as the science of universal change. Cyclicity represents one of the qualitative aspects of change and dialectics—a distinct moment and point of

culmination—but it does not encompass change or dialectics in their entirety.

Keywords: Cycles, changes, dialectics, qualitative, determinism, entropy, social theory

Ha existido una alta postulación entre historiadores, filósofos, sociólogos, economistas e intelectuales en torno al fenómeno de los ciclos en la naturaleza y la sociedad. Tal inclinación se ha extendido a nivel popular. Todo es cíclico, se suele escuchar. Hay, sin embargo, una variedad de posiciones dentro de la teoría de los ciclos, así como divagaciones en torno a la esencia, alcance y duración de estos, por lo cual debe tomarse el camino académico para discutir este complejo fenómeno.

La idea del ciclo está relacionada con lo que viene, se va y vuelve. Otro criterio lo vincula con un inicio y un fin, pasando por varias fases. Se llega a asumir, por ejemplo, de manera pragmática y simple observación que la historia se repite y es circular. Este concepto es aplicado a la naturaleza y a las personas, cuya materia, cuerpo y espíritu tienen sus ciclos. De ahí lo avasallante de lo cíclico en el pensamiento humano.

Aunque no sea cierto de que todo es cíclico, la realidad es que los ciclos abundan y son constatables. Así, se viene registrando diferentes versiones y acercamientos a una teoría de los ciclos naturales y sociales desde los antiguos filósofos e historiadores hasta los sociólogos modernos y contemporáneos. Diferentes corrientes existen al respecto como se expone a continuación.

Cuando Platón habla en su obra *La República* (2007) de los sistemas políticos griegos y el paso de una forma de Estado a otra: aristocracia, timocracia, oligarquía, democracia y tiranía; lo mismo que cuando Aristóteles en su *Política* (1998), se refiere a los tres sistemas políticos existentes en la Grecia antigua: monarquía, aristocracia y república, y de lo que él entendió como sus desviaciones: tiranía, oligarquía y la democracia, dejan implícita

la idea de ciclos políticos. Igual visión se encuentra en la obra de Polibio para los acontecimientos históricos (Historias, 2007).

Ibn Jaldun, considerado el primer sociólogo y creador de la filosofía de la historia, en su originaria obra, *Prolegómenos o Muqaddimah*, escrita en 1378, aunque no usa la palabra ciclo, es evidente que transmite la idea en diversos textos de su obra. Por ejemplo, cuando explica la teoría de su trabajo historiográfico:

*“... el estado del mundo y de los pueblos, sus costumbres, tendencias e ideas no persisten a un mismo ritmo ni en su curso invariable. Es todo lo contrario, una serie de vicisitudes que perdura a través de la sucesión de los tiempos, una sucesión continua de un estado a otro”* (Ibn Jaldun, 2021: 192).

En otra originaria obra, aparecida en 1725, quizá la primera en ocuparse de una filosofía y metodología del oficio del historiador, escrita por Giambattista Vico, este recomienda: *“...discurrir en los tiempos todas las historias particulares de las naciones, en sus apariciones, progresos, estados, decadencia y fines”* (Vico, G., 2004: 310). Aquí es evidente la inclinación hacia la ciclicidad.

La reflexión sobre una realidad circular está presente en el fisiócrata e ilustrado Jacques Turgot, el cual en sus primeros discursos sobre el progreso (1750) abordó el tema, haciendo una diferenciación de los ciclos de la naturaleza y lo que ocurre en la dinámica del espíritu humano. Sobre el primer aspecto expresó:

*“Los fenómenos de la naturaleza, sujetos a leyes constantes, se hallan limitados en un círculo de revoluciones siempre las mismas; todo renace, todo perece; y, en estas generaciones sucesivas a través de las cuales se reproducen los vegetales y los animales, el tiempo no hace sino restablecer a cada instante la imagen de lo que ha hecho desaparecer”* (Turgot, Jacques.1991: 29).

En cuanto al segundo aspecto dijo lo siguiente:

*“La sucesión de los hombres, por el contrario, ofrece siglo tras siglo un espectáculo siempre variado. La razón, las pasiones, la libertad producen sin cesar nuevos acontecimientos: todas las edades se hallan encadenadas unas a otras por una serie de causas y efectos que vinculan el estado del mundo con todos aquellos que lo precedieron... La combinación continua de esos progresos con las pasiones y con los sucesos producto de estas constituye la historia del género humano, en la que cada hombre no es más que una parte de un todo inmenso que tiene, como él, su infancia y su desarrollo”* (Turgot, Jacques. 1988: 165-166).

En estos dos textos de Turgot se advierte dos concepciones diferentes. Una estática, sobre los ciclos en la naturaleza, que en el siglo siguiente las ciencias naturales y la teoría de la evolución va a echar por tierra, y otra dinámica, sobre los ciclos en la sociedad, su historia continua y, aparentemente, indeterminada.

A partir del siglo XIX, con una nueva realidad del colonialismo frente a las luchas por la independencia en las colonias; por el advenimiento del nuevo capitalismo industrial y del avance de las ciencias naturales, incorporadas al incremento de la producción y la productividad del capital y la fuerza de trabajo, aparece una nueva oleada de creación intelectual, que incluyó la teoría de la evolución, el nuevo aparato conceptual de la dialéctica, el surgimiento de nuevas ciencias sociales, como la sociología y la economía política crítica.

Robert Malthus y David Ricardo, en el campo de la Economía, y Augusto Comte, en la naciente Sociología, serán de los primeros productos intelectuales de ese empuje del capitalismo. En postulados de los dos primeros, específicamente el planteo sobre la relación entre el crecimiento de la población y de la producción, supuestamente inversamente proporcional, de Malthus, y la teoría de los rendimientos decrecientes hasta llegar a un estado estacionario en la economía, en Ricardo, se advierte aspectos de los ciclos económicos y de los ciclos demográficos.

En el caso de Comte, en su obra *“Curso de filosofía positiva”* (1830), texto influyente en el surgimiento de la Sociología, donde reivindica los métodos de la observación y la experimentación para obtener conocimiento científico, se formula la tesis de la dinámica social y de los tres estados por los que pasa el espíritu humano: del teológico al metafísico, y de ahí al estado científico (Comte, Augusto. 2009).

Herbert Spencer (1862) intentará aplicar las teorías de Charles Darwin (1859) sobre la evolución natural al funcionamiento de la sociedad y a su progreso, en lo que se conoce como organicismo social. Para Spencer la evolución es uniforme, gradual y progresiva, lo que significa, como resume Goldenweiser (2017), que: las formas sociales y las instituciones pasan, en todas partes y siempre, por las mismas fases de desarrollo; que las transformaciones que sufren (las formas y no las instituciones) son graduales y no repentinas o cataclísmicas; que los cambios implicados por esas transformaciones indican una dirección de mejoramiento de los ajustamientos menos perfectos a los más perfectos, de las formas inferiores hacia las formas superiores.

Plantea Spencer que: *“A los internos de cada nación, encontramos bajo diversas formas, esos movimientos alternativos de progreso y retroceso” ... “Aun en fenómenos de mínima importancia como los de la moda, se nota el movimiento rítmico de la sociedad” ... “Todos los resultados orgánicos y super orgánicos de la acción social pasan por fases paralelas...”* (Spencer, Herbert (2025: pp.140, 142, 205).

En cuanto a Wilfredo Pareto (1916), en su etapa de sociólogo más que de economista, asume la dinámica social, pero conducente a un equilibrio y a la vuelta del estatus quo, representando una propuesta conservadora; para él la sociedad se mueve dentro de ciclos y de un círculo general con sus diferentes facetas o actividades. Su tesis del ciclo general abarca cuatro fases: **equilibrio, desestabilización, desequilibrio y nuevo equilibrio.**

Dentro del referido ciclo general postula los “ciclos específicos”, que no son más que oposiciones de estados o de categorías, por ejemplo: fuerza/astucia, en el aspecto político-militar; fe/razón, en lo ideológico-religioso; tradición/innovación, en lo económico-industrial. Su visión es que la historia y el cambio social vienen determinados por el paso de una élite a otra y vuelta de la anterior. Precisa que el cambio social es cíclico impulsado por la circulación de las élites y la circulación de las ideas. (Pareto, Wilfredo. 1967).

Contemporáneo de Pareto fue el alemán Oswald Spengler, el cual en su conocida obra *“Decadencia de Occidente”* (1918), con iguales influencias evolucionistas, elabora y desarrolla el método que llama “morfológico”. Expresa que: *“Toda cultura, toda época primitiva, todo florecimiento, toda decadencia, y cada una de sus fases y períodos necesarios, posee una duración fija, siempre la misma y que siempre se repite con la insistencia de un símbolo”* (Spengler, Oswald. 2025, pp. 170, 174). La ciclicidad en Spengler, como se lee, se basa en el eterno retorno de la historia.

En esa gran oleada intelectual decimonónica a que hemos hecho referencia, surgen Carlos Marx y Federico Engels, pasando por Hegel. Marx inaugura una nueva corriente filosófica y una renovada filosofía de la historia social conocida como el materialismo histórico, en la que formula la categoría del modo de producción, el cual surge, se desarrolla, se hace viejo y es sustituido por uno nuevo, siendo el tren de la historia y la lucha de clases “su motor”. De esta manera, adopta, parcialmente, la teoría social de la ciclicidad.

Hay, sin embargo, una diferencia fundamental con los otros autores citados, y es que en Marx y Engels si bien el ciclo es una parte o expresión de su filosofía de la historia, no es toda su teoría del cambio social, la cual está enmarcada dentro de una teoría más amplia, que es la dialéctica materialista, la cual no fue asumida por predecesores y continuadores de Marx (Marx, Carlos. 2009. Formen).

Aparte de esa concepción diferenciadora de la ciclicidad, Marx hace otro aporte originario, en el sentido de la causa que impulsa la dinámica y el cambio social. Mientras, por ejemplo, Spencer aduce una causa física de esa dinámica, que es la relación y conflicto entre la materia y el movimiento o la fuerza (Spengler. 2025: 208-210), Marx dice en la *Contribución a la crítica de la economía política* que: *“El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, político y espiritual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social lo que determina su conciencia”*. Aquí Marx no solo se refiere a lo material, en el sentido físico spenceriano, sino, a la “vida material” y, por ende, a la “vida social”, con el protagonismo del sujeto social.

Una mayor precisión de Marx aparece en su prólogo a la *“Contribución...”*, cuando dice: *“Una formación social no desaparece nunca antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen relaciones de producción nuevas y superiores antes de que hayan madurado, en el seno de la propia sociedad antigua, las condiciones materiales para su existencia. Por eso la humanidad se plantea siempre únicamente los problemas que puede resolver, pues un examen más detenido muestra siempre que el propio problema no surge sino cuando las condiciones materiales para resolverlo ya existen o, por lo menos están en desarrollo”* (Marx, Carlos. 1989. p.8).

En el párrafo anterior existe otro gran aporte teórico de Marx, no puesto de manifiesto por los detractores del marxismo, y que Eric Hobsbawm destaca, parcialmente, en su introducción de una de las ediciones de Formen. Se trata de que la visión cíclica de los modos de producción en Marx es episódica o descriptiva de una observación histórica desde la antigüedad a la aparición del capitalismo, con los datos que Marx tenía hasta 1859, pero que, en realidad, en adición a esa descripción Marx postuló una teoría general del cambio social no limitada a la aparición y desaparición de los modos de producción que son una consecuencia del cambio en las relaciones

sociales de producción. Según esa teoría general, los modos de producción podrían ser más de los postulados por Marx, incluso después del modo de producción comunista, según las relaciones sociales internas y su maduración, bases del cambio social, así como en función del tipo de “relaciones sociales de producción”, que están determinadas por la relación social entre las personas respecto a la posesión de los medios de producción, y no la relación de las personas con las cosas poseídas.

Esa teoría general del cambio social de Marx es diferente a los postulados de los otros autores citados, los cuales, postularon la ciclicidad o el cambio, privilegiando las cosas, lo natural, como Spencer; o lo espiritual o las relaciones dentro del “hombre” y entre “los hombres”, como Comte y Pareto; o el inmovilismo del ciclo y la decadencia final, como Spengler; menos en Turgot que, aunque no del todo claro, relaciona progreso, que implica lo material, y las pasiones de las personas.

Más cercano en la historia de la ciclicidad dentro de la filosofía social, se encuentra Pitirim Sorokin, que ha abordado el tema con amplitud y sistematicidad. Dice este sociólogo ruso (1889-1968), residente temprano en Estados Unidos, que:

*“La sociología y todas las otras ciencias sociales, filosóficas y aun naturales del siglo XIX, consideraron el problema central de la dinámica física, biológica y socio cultural en una forma por demás sencilla, que consistía en descubrir y formular las tendencias lineales que se creían implícitas en el curso del tiempo” ...” Todo el proceso histórico fue considerado como una especie de bien ordenado ciclo” (Sorokin, P. 2025: 147).*

Al negar la posibilidad de un cambio lineal en los procesos históricos, bien sea este rectilíneo, espiral u oscilante, y muchos menos con tendencias eternas, Sorokin asume lo que llama “**el principio del límite**”, según el cual solo algunos fenómenos socioculturales y únicamente durante un determinado periodo de tiempo cambian en una dirección lineal. Y se inclina a prestar más atención,

como hicieron otros sociólogos en el siglo XX en diferentes aspectos de la sociedad, a los cambios constantes y repetitivos, tomando en cuenta los ritmos, oscilaciones, fluctuaciones, ciclos y periodicidades repetidas en el curso del proceso social, pero, privilegiando las causas socioculturales y minimizando las económicas.

Sorokin asume la realidad como un continuo devenir, y clasifica la teoría cíclica predominante en las ciencias sociales, en tres tipos: 1. Teoría de los ciclos lineales, que tienden a un fin determinado. 2. Teoría de los ciclos idénticos, que se repiten indefinidamente. 3. Teoría de los ciclos y ritmos que no son uniformes y que no tienen un fin determinado. Los primeros pueden ser periódicos y no periódicos, progresivos y regresivos. Los terceros pueden ser periódicos y no periódicos (Sorokin, P. 1962).

En esta investigación que hemos realizado sobre la ciclicidad en la teoría social, donde este texto es un apretado resumen, encontramos varias limitaciones en la aprehensión que generalmente se hace de la noción de ciclo. Una es restringirla a lo cuantitativo, al tiempo y su calendario, dejando de lado el aspecto cualitativo en cada nueva manifestación.

Restringir los ciclos a lo repetitivo, la recurrencia, a la vuelta de 180 grados, solo como un ir y venir, principio y fin anecdótico, es como realizar un conteo de almacén. Si bien el registro y observación de la recurrencia de los ciclos en todas las expresiones humanas, a la que se inclina Sorokin, especialmente en el aspecto de la cultura, es un ejercicio académico válido, pero, incompleto epistemológicamente, si no existe una teoría general del cambio social que la soporte y guíe, pues, de lo contrario se cae en el pragmatismo, que es lo que hace el funcionalismo, el positivismo y los profesionales unilaterales de las ciencias sociales.

La regularidad, muchas veces aparente, suele confundir el entendimiento sobre los ciclos, hasta llegar a la superstición y lo mitológico, anidándose falsas teorías como las de la fatalidad, el eterno

retorno, con o sin perfeccionamiento, como postularon los antiguos griegos estoicos y Nietzsche (*La gaya ciencia* o *El alegre saber*, 1882), o la reencarnación, que, en el fondo, aunque se acepte un cambio en el interior del ciclo, al final se admite una especie de inmutabilidad sistémica, como si los ciclos fueran bloques y la historia una historia de bloques.

Detrás de un ciclo, de su constatación y registro de escritorio, hay movimientos, fuerzas, energías, voluntades, pasiones, intereses, influencias externas, que transitan en sus interioridades, que pueden convertir al ciclo de un espacio cerrado en un fenómeno libre y hasta impredecible. Por eso, no se puede hablar, como destaca Vaya (2021), de una ley de los ciclos sociales sin caer en el determinismo histórico.

¿Cuáles son algunas de las fuentes primarias que hacen posible los ciclos, su inicio, ocurrencia, encadenamiento, transformación y llevan al impulso de la historia natural, por un lado, de la historia humana, por el otro, y de la historia conjunta de ambas?

Todo inicia, a nivel natural, con la materia misma, su composición atómica y celular, así como su ley de la transformación, formulada por Lomonósov (1748)-Lavoisier (1785): la materia no se crea ni se destruye, se transforma, idea ya presente en los 4 elementos de la naturaleza destacados por Empédocles, Aristóteles y otros filósofos griegos: tierra, agua, aire y fuego, y que hoy la Física los formula como los tres estados de la materia y el paso de uno a otro, más su mezcla. Al respecto, Engels (1873-1886) habla del “*ciclo perenne de la materia en movimiento*” (F. Engels. 2017. *Dialéctica de la naturaleza*).

La segunda fuente de los ciclos es la composición, disposición y acción de nuestra galaxia y el universo en general, en la que se encuentran los astros, los planetas que conocemos, satélites y el rey sol. Aquí, por efecto de la totalidad del movimiento, de la gravedad, la velocidad, el calor, enfriamien-

to, se originan las estaciones, el día y la noche, las mareas, las ondas magnéticas, la noción de tiempo, etc., y esto ocurre de manera recurrente, cíclica, pero, donde la identidad o igualdad que se ve en sus fenómenos es solo excepcional, pues, como se atribuye a Heráclito, nadie se baña dos veces en el mismo río o como dijo Marx (1852), para la historia social, aplicable, también a toda historia, en refutación a los pitagóricos, así como a Hegel, el cual afirmó que la historia se repetía: “...*la historia se repite, una vez como tragedia y otra como farsa*”, que en el fondo significa que no se repite.

La tercera fuente de los ciclos es la mezcla de las dos anteriores, más la razón y la voluntad humanas, también la sin razón, como la depredación de la naturaleza, donde realidad y deseo, adversidad y decisión pueden originar un Novo Órganon, entero o entrecortado, de mutua influencia entre el universo natural y el social, donde puede haber ciclicidad combinada, pero, hasta cierto punto, es decir, influencia parcial en lo particular natural y en el individuo, pero no determinante en la totalidad de los dos universos, pues ni la naturaleza determina por sí sola la historia social, ni la historia social determina la historia de la naturaleza, salvo una situación excepcional de hecatombe, como una guerra atómica total o una nueva glaciación.

La teoría de los ciclos basa sus méritos en la realidad del cambio continuo de todo lo que existe, pero, normalmente, la mayoría de las personas tienen una fijación y registro en el cambio corto y veloz, circunstancial, generacional y a la vista, semejante a las “**ondas cortas**” que se producen en el agua o en la economía. Las pequeñas variaciones que se acumulan por años, décadas y siglos, lentamente, originando los grandes cambios, generalmente pasan por delante de la vista sin darnos cuenta, o solo nos fijamos en la punta del iceberg, como estandarte y apariencia.

Desde la Economía política crítica, en su análisis del comportamiento de la economía capitalista, la que según Carlos Marx y Federico Engels experimenta ciclos de estancamiento-depresión-crisis-

reanimación-crecimiento o expansión, alrededor de cada 10 años, nos llega la idea de las “ondas largas”, de 20 a 60 años, expuesta en las primeras décadas del siglo XX por Nikolai Komdratiev (1920), y luego por Ernest Mandel (1980), entre otros, según la cual, sin desmentir a Marx y Engels, dentro del capitalismo se verifican ciclos de estancamiento-expansión más largos, originados en el comportamiento (baja-alza) de las tasas de plusvalía y ganancia, del desarrollo industrial, de los cambios tecnológicos y la composición orgánica de capital, dentro de los cuales operan los “ciclos cortos”. Un estudio amplio sobre los ciclos económicos se encuentra en Faustino Collado (2020=).

El cambio social y cultural continuo, imperceptible o visible, ocurre por igual en la naturaleza, que también tiene historia y no es inmutable (Emmanuel Kant, *Historia general de la naturaleza y teoría del cielo*, 1755). Todo está expuesto al cambio. La química estableció que la materia orgánica y la materia inorgánica están sometidas a las mismas leyes generales de la transformación, aunque sus ciclos y cambios varíen cuantitativa y cualitativamente. La evolución de las especies (Darwin, *Origen de las especies*, 1859), fue una de las demostraciones más contundentes y modernas del cambio y transformación en la naturaleza viva, donde “lo que se consideraba eterno pasó a ser perecedero, y la naturaleza toda se revelaba como algo que se movía en perenne flujo y eterno ciclo” (Engels. 2017).

Sobre este juicio de Engels se debe hacer dos precisiones. La primera es que, aunque los ciclos pueden contener flujos, estos últimos pueden ser continuos o interrumpirse sin arribar a un nuevo estado de la materia o a un nuevo fenómeno natural o social y, por lo tanto, no llegar a la fase culminante y distinta que caracteriza a un ciclo.

Sobre la expresión de “eterno ciclo”, debe entenderse en sentido “físico”, esto es, de lo que se ve y se ha visto durante milenios en el comportamiento de la naturaleza y sus fenómenos. Sin embargo, Engels no hace, porque no era su propósito en la introducción de su extraordinaria obra “*Dialéctica*

de la naturaleza”, una reflexión “metafísica” o filosófica, para preguntarse si la “eternidad cíclica” planteada podría alterarse si se partiera de que el universo es finito y que, como tal, desaparecerá para emerger con nueva forma, cumpliéndose la ley general del movimiento y la dialéctica y la segunda ley de la termodinámica; o si, por el contrario, se asumiera la tesis de que el universo fuera infinito y está en permanente expansión, lo cual podría llevar a nuevos estados diferentes de los que hoy somos espectadores. El “eterno ciclo” de la naturaleza es, por tanto, relativo.

También debe precisarse que el “eterno ciclo” a que se refiere Engels es muy distinto a la visión y postura filosófica sobre el “eterno retorno”, en la naturaleza y la sociedad, presente desde la antigüedad, y retomado por algunos autores, como Nietzsche, el cual postuló la idea de “*Vivir de modo que queramos volver a vivir, y así por toda la eternidad*” (*Así habló Zaratustra*, 1885).

La visión del eterno retorno ha sido refutada por muchos, no solo desde la filosofía, como lo hizo Kant, sino desde las ciencias físicas (Joule, Clausius), las ciencias químicas (Lavoisier, Friedrich Wöhler), desde la ciencia social, como lo hizo Marx, o como lo hace Borges (2002: 81-94), siendo un literato:

*“La primera ley de la termodinámica declara que la energía del universo es constante; la segunda, que esa energía propende a la incomunicación, al desorden, aunque la cantidad total no decrece. Esa gradual desintegración de las fuerzas que componen el universo es la entropía. Una vez alcanzado el máximo de entropía, una vez igualadas las diversas temperaturas, una vez excluida (o compensada) toda acción de un cuerpo sobre otro, el mundo será un fortuito concurso, de átomos. En el centro profundo de las estrellas, ese difícil y mortal equilibrio ha sido logrado. A fuerza de intercambios el universo entero lo alcanzará, y estará tibio y muerto”.*

Desde hace algún tiempo se intenta aplicar la entropía al comportamiento social, pero, se debe tomar en cuenta que, el caos en la naturaleza y en

la sociedad es dinámico; que la tendencia a una ordenación atomística, es transitoria, volviendo a lo inestable; que los intereses-conflictos-metas en la sociedad, si bien pueden llegar a una cohesión o equilibrio, como acción deliberada y consciente, o impuesta, esto debe tenerse como caso particular, sin reparar en su duración, corta o larga; lo que queda como regla general es el choque, la incertidumbre y los sucesos, independientemente que sobre esto se tenga una posición optimista o pesimista, de finitud o infinitud, en cuyo caso las leyes de la termodinámica deben ser sometidas a crítica. Aquí la ciencia social debe contribuir con una visión e instrumentación analítica de largo plazo sobre el cambio, sus proyecciones y predicciones (Bauman, Zygmunt, 2002).

Conociendo que hay una propensión hacia la ciclicidad, es decir, al ciclo como dinámica cuantitativa y cualitativa, más allá de una irrupción efímera, dinámica, que no es idéntica cada vez que se presenta ni eterna, no se debe asumir los ciclos como evoluciones compartimentadas, donde el cambio se admite por su visibilidad al final del ciclo, lo cual sería quedarse en la apariencia y el espectáculo. Se debe asumir la visión del cambio total y dialéctico, acumulativo, ininterrumpido, con patas cortas, que camina, y patas largas, que dan saltos.

En la civilización de la velocidad, iniciada con la maquinización, potenciada progresivamente desde el siglo XVIII y, especialmente en el siglo XX, y en la actual “sociedad del espectáculo” la atención se fija en los efectos y no en los procesos; de aquí que el efectismo, sobre todo cuando hay catástrofe y muerte o brillo y relumbrón, dentro de la ambivalencia y bipolaridad de muchos humanos, puede distorsionar la comprensión de un ciclo particular en el contexto general de la ciclicidad.

El ciclo es más que vaivén o intermitencia visible. Puede ser como un barco sin arribo, que se queda a medio camino. También, puede negarse a sí mismo, no ocurriendo, disolviéndose, o dar lugar a algo no conocido, no siempre progresivo,

hasta conducir a la destrucción o algo regresivo, contraviniendo las leyes del progreso, que es lo que ocurre, por lo general, con las guerras, aparentemente cíclicas o propensas a la ciclicidad, como en Medio Oriente. Es decir, el ciclo no es una fatalidad ni ley, sobre todo en su trinidad de inicio, desarrollo y fin. Si ocurre, no será como fotocopia.

Por eso, el ciclo debe ser enmarcado dentro de las características del cambio, visto en sentido dialéctico materialista, como suma, resta y multiplicación de contradicciones, tránsito a nuevas formas de expresión y de contenido esencial, negación de la negación para la transformación, aparición de lo nuevo, de avance o retroceso en sentido de bienestar humano, expansión material y espiritual, a nuevos estados desconocidos; en fin, donde se advierten destellos, símbolos y efectos cualitativos creadores de nuevos estados de ánimo cultural y nacional, que muchas veces no se advierten tras diferentes ciclos específicos, como los económicos.

Por eso, la ciclicidad es una de las expresiones del cambio y la dialéctica, como un momento y punto provisional de llegada, pero no es el cambio ni la dialéctica mismos en su totalidad, dado que el ciclo, como expusimos, puede no ocurrir o desvanecerse, alterarse o dar paso a una serie nueva y diferente de acontecimientos no conocidos.

Ni fatalidad ni eternidad ni igualdad existen dentro o alrededor de los ciclos, sea de la naturaleza o de los humanos. Somos espectadores, cronistas, hacedores y participantes en sus cortocircuitos y transformación, y podemos ir mucho más allá, al compás del cambio dialéctico, sabiendo que somos actores y actrices de ese cambio, que hoy es cada vez más veloz, aunque muchos no se den cuenta.

## REFERENCIAS

1. Aristóteles. *La Política* (1998). Editores Mexicanos Unidos, México.
2. Platón. *La República* (2018). Plutón Ediciones, Barcelona, España.
3. Polibio. *Historias* (2007). Editorial Gredos, España.
4. Ibn Jaldun. 2021. *Prolegómenos, introducción a la historia universal*. Edición digital ePubLibre, 2021. Consultado el 22.10.2025.
5. Vico, Giambattista. 2004. *Principios de una ciencia nueva. En torno a la naturaleza común de las naciones*. Fondo de la Cultura Económica, España.
6. Turgot, Jacques. 1991. *Discurso sobre el progreso humano*. Tecnos, Madrid.
7. Turgot, Jacques. 1988. *Cuadro filosófico de los progresos sucesivos del espíritu humano* (selección y traducción de Francisco González Aramburu). FCE, México.
8. Comte, Augusto. 2009. *Curso de filosofía positiva*. Ediciones Libertador, Bogotá.
9. Spencer, Herbert (1862, pp.140, 142, 205). Los primeros principios. <https://archive.org/details/los-primeros-principios>. Colección booksbylamguaje\_spanish. Consultado el 26-10-2025.
10. Goldenweiser, Alexander. 2017. *Primera civilización. Una introducción a la antropología*. Editorial Andesite Press.
11. Pareto, Wilfredo. (1967). *Forma y equilibrios sociales*. Ediciones Revista de Occidente, Madrid, España; Talleres Gráficos de Ediciones de Castilla. Véase también: Prebisch, Raul, N. del E'. Revista de Ciencias Económicas: II, Serie II, NQ 27, octubre de 1923, págs. 154-166. Conferencia pronunciada el 2 de octubre de 1923 en la Facultad de Ciencias Económicas, en el acto público en homenaje a la memoria de Wilfredo Pareto. En: <https://archivo.cepal.org/pdfs/ObrasRPrebischFundacion/obras>.
12. Spengler, Oswald. (2025, pp. 170, 174). *Decadencia de Occidente*. <https://archive.org/details/oswald-spengler-la-decadencia-de-occidente/>.
13. Marx, Carlos. 2009. *Formaciones económicas precapitalistas (Formen)*. Siglo XXI Editores, España.
14. Marx, Carlos. (1989, p.8). *Contribución a la crítica de la Economía Política*. Editorial Progreso, Moscú.
15. Sorokin Pitirim, *Dinámica sociocultural y evolucionismo*, Revista Mexicana de Sociología, en: <https://es.scribd.com>. document. Consultado el 28.10.2025.
16. Sorokin, Pitirim. 1962. *Dinámica social y cultural*. Centros de Estudios Constitucionales, Madrid.
16. Engels, Federico. 2017. *Dialéctica de la naturaleza*. Ediciones Akal, España.
17. Vaya Montaña, Vicente (2021). *Sobre la ley de los ciclos sociales y el determinismo histórico*. Editorial Círculo Rojo, España.
18. Nikolai Komdratiev. 1920. Instituto de Estudios de la Coyuntura, Moscú.
19. Mandel, Ernest. 1980. *Las ondas largas del desarrollo capitalista*. FCE. Madrid.
20. Collado, Faustino. 2020. *Ciclos económicos, crisis y nuevo sistema sociedad, 1929-2029*. César Copy & Print, Santo Domingo de Guzmán.
21. Borges, Jorge Luis. 2002. *La doctrina de los ciclos*, en *historia de la eternidad*, Alianza Editorial, Madrid.
22. Bauman, Zygmunt. 2002. *Modernidad líquida*. Fondo de la Cultura Económica, Argentina.